

LA INVESTIGACION TECNICA Y LA FORMACION PROFESIONAL COMO FACTORES DE DESARROLLO ECONOMICO

A la hora de revisar las estructuras para un desarrollo económico eficaz y duradero, resulta imprescindible tener en cuenta una serie de factores que, por su importancia trascendente en el proceso económico, merecen una estimación singular y destacada.

Es indudable que, dentro de esa gama de factores, la investigación técnica, la formación profesional y la inversión de capital tienen, ciertamente, una importancia de enorme dimensión.

En otro número de FOMENTO SOCIAL, tuvimos ocasión de glosar un aspecto interesante de la inversión al exponer unos breves comentarios en torno a las actuales disposiciones que regulan la inversión de capital extranjero en España. El lento proceso de capitalización en nuestra Patria exige ser reforzado de manera adecuada con el fin de lograr, en el tiempo preciso, el volumen de inversión conveniente; ya veníamos a decir en el trabajo aludido anteriormente que, para nuestra economía, es imprescindible contar con la decidida y sustanciosa colaboración del capital extranjero.

Es obvio el decidido interés que merece y despierta el estudio de los procesos de ahorro e inversión, así como su estrecha relación e influencia mutua. Sin embargo, un estudio completo del problema no puede ni siquiera esbozarse dentro de los límites de este trabajo. Pasaremos, por lo tanto, a considerar brevemente algunos aspectos de la formación profesional y de la investigación técnica. Los esfuerzos que hasta ahora se han hecho en España para resolver estas dos cuestiones fundamentales, y previas por lo tanto para un desarrollo económico firme, son evidentes. Nada vamos a descubrir al afirmar que la formación profesional genera, de forma casi automática, un elevado índice de productividad con las consecuencias lógicas de reducción de costos, mayor capacidad de compra, aumento considerable de las series de producción y renovación del utillaje anticuado.

La mano de obra bien formada, especializada, exige y normalmente ob-

tiene, una mayor remuneración. Esta mayor remuneración obliga a la empresa a renovar sus máquinas de tal forma que se pueda disminuir el número de productores. El equipo productivo así formado permite incrementar las series y obtenerlas a mucho mejor precio, con lo que aumentará la demanda. Por otra parte, la cesantía de los menos preparados como consecuencia de la instalación del nuevo utillaje, no puede ser motivo de mayor preocupación; recordemos al efecto el ejemplo, tantas veces citado, de lo que ocurrió en Inglaterra cuando a los pocos años de la implantación de los telares mecánicos, la cifra de empleados en la industria textil era enormemente superior a cuando se tejía de acuerdo con los sistemas primitivos.

No creemos, por tanto, necesario insistir sobre la importancia de la adecuada formación profesional; tampoco nos detendremos a considerar las disposiciones que en nuestra legislación vigente se ocupan de dar solución al problema. Sin embargo, queremos destacar que, a nuestro entender, las empresas pueden contribuir aún más decididamente en la tarea de resolver el problema. A las empresas de un cierto volumen, cabría la posibilidad de fijarles unos programas de formación profesional racionalmente contruidos; pero si se les obliga a esto y pretendemos que, efectivamente, se logren resultados positivos, se ha de procurar el ofrecer algo que, en la práctica, les resulte positivo y atrayente de forma inmediata. A tal fin sería interesante estudiar la conveniencia de establecer la exención de determinados porcentajes en algún tributo, siendo, en nuestra opinión, el más indicado para ser objeto de una cierta disminución, el vigente arbitrio sobre la riqueza provincial.

En cuanto a la investigación técnica, ha sido el propio Estado quien, a través del Patronato Juan de la Cierva, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, se ha ocupado del problema. La falta de instrumentos adecuados determinada por la escasez de divisas, los trámites, licencias, permisos y horas de antesala que también han soportado los hombres que en España se dedican a la investigación, ha traído como consecuencia el hecho de que no sean muchos los prototipos industrializados con verdadera resonancia.

En los países desarrollados, la industria privada se ocupa con verdadero interés también de la investigación técnica. Algunas empresas llegan a emplear en investigación del veinte al cuarenta por ciento de sus beneficios anuales; y si así lo hacen es porque consideran que es una inversión rentable.

Es lógico, sin embargo, que la industria española no se haya ni siquiera planteado el problema, encerrada como estaba en una fuerte coraza proteccionista. No le importaba fabricar con arreglo a sistemas y procedimientos anticuados y por tanto antieconómicos; sabía sobradamente que cuanto fabricase, por caro, anticuado y deficiente que resultara, lo tenía vendido. Y cobrado.

Pero de esta especie de miopía, en verdad no siempre voluntaria, le están surgiendo a nuestra industria, a pesar del elevado Arancel de Adua-

nas, gravísimas dificultades que tiene que resolver cuanto antes y de una sola manera: investigando.

El hecho de que la inversión de capital extranjero determinará la instalación de modernos equipos industriales no puede producir en nuestros jefes de empresa el espejismo peligroso de ver en ello la solución, no sólo inmediata sino a mayor plazo. Estos equipos se quedarán anticuados por un proceso lógico de obsolescencia antes, mucho antes de lo que podemos imaginar; nos encontraremos entonces nuevamente en el punto de partida después de un breve paseo en círculo cerrado por un camino engañosamente ameno, o sea, tropezaríamos otra vez con los mismos problemas: procedimientos anticuados, antieconómicos e incapaces, por consiguiente, de soportar una normal competencia en los mercados.

No puede tampoco inducirnos a error el pensar que el capital extranjero aportará siempre sus propias y más nuevas técnicas resultado de sus trabajos de investigación. Es un hecho cierto que las grandes firmas extranjeras pocas veces colaboran con lo último de sus descubrimientos; unas veces, porque sus propios países de origen no suelen permitir que el sucuculento caudal de divisas que se deriva de un éxito de concepción y desarrollo técnico vaya a engrosar balanzas comerciales ajenas; otras veces, porque a las mismas empresas extranjeras no les conviene hacerlo por motivos varios, generalmente determinados por una serie de fuertes intereses en juego.

Es por lo tanto el problema de la investigación una cuestión que ha de plantearse y resolver nuestra propia industria, si verdaderamente está dispuesta a competir, y no olvidemos que poder competir es, sencillamente, subsistir. La solución está, pues, en alumbrar nuevos y revolucionarios procedimientos a los cuales se llega en los tiempos actuales no como resultado de una labor genial y aislada, sino como consecuencia de una costosa actividad en equipo. Pensemos que la genialidad individualista del carácter ibérico no nos resolverá el problema. Las técnicas se hacen cada día más complejas y es preciso adoptar una actividad más parecida a la gris constancia anglosajona que a la brillante repentización hispana.

El concepto de la investigación técnica como factor decisivo en el desarrollo económico de los pueblos está fuertemente arraigado; y así resulta que, aun en los países de técnica más elevada, los economistas no dejan de dar la voz de alarma en torno a la necesidad de investigar. J. Kenneth Galbraith, que forma parte del grupo de economistas asesores de Mr. Kennedy, presidente electo de los Estados Unidos, dice en su tan discutida obra *La Sociedad opulenta*, lo siguiente: «Es fácil pasar por alto la ausencia de progresos notables en una industria. Los inventos que no se producen, como los niños que no nacen, son echados de menos pocas veces. En ausencia de nuevos progresos, los antiguos pueden antojársenos muy impresionantes durante bastante tiempo. Hasta que apareció la segadora-trilladora, la agavilladora automática había sido la maravilla de la industria de maquinaria agrícola durante cuarenta años. Pero si nos preocupásemos real-

mente del incremento de la producción, deberíamos efectuar una investigación mucho más intensa en estos terrenos. Podríamos considerar, ciertamente, como intolerable la ausencia de inversión en perfeccionamientos en una industria». Ahora bien, a la labor encaminada a descubrir y perfeccionar técnicas de aplicación interesante, cabe oponer en países como el nuestro un serio inconveniente, un importante razonamiento adverso. Si la investigación es hoy día tarea que ha de emprenderse en equipo y con respetables medios; si para iniciar una labor eficaz resulta ineludible el conocimiento a fondo de problemas ya superados que abran a la ambición científica nuevos campos de actuación llenos de virtualidades, surge de forma necesaria la interrogante de si podrán los investigadores españoles reunir los medios materiales, e incluso el número suficiente de especialistas precisos para acometer esta labor de investigación técnica. Por otra parte, y aun resuelta de forma afirmativa la cuestión anterior, ¿no estarán nuestros investigadores en franca proporción desfavorable de posibilidades de éxito con respecto a los enormes, mastodónticos, equipos investigadores de las naciones de alto índice de desarrollo? La contestación es tajante: ¡desde luego! Entonces, ¿cuál puede ser una solución interesante y prometedora? No es difícil hallar respuesta porque precisamente la investigación técnica, por su misma complejidad y extensión, tiene una cantidad tal de posibilidades realmente interesantes que son innumerables los caminos, o más bien, los sectores que se pueden elegir como objeto de trabajo y estudio. Por lo tanto, resultaría imprescindible que las actividades investigadoras se dedujeran de un plan previamente meditado, orientado hacia aquellos campos minuciosamente elegidos, en los cuales fueran necesarios equipos humanos y medios materiales que quedaran dentro de nuestra capacidad potencial económica e intelectual y que vendrían determinados en función, respectivamente, de nuestras posibilidades de inversión y de nuestro número de técnicos, el cual, dicho sea de paso, conviene aumentar con urgencia.

Una actitud informada por estos principios de previa selección de los campos operatorios, produciría seguramente resultados muy estimables y con los cuales se podría jugar de tal forma —mediante una política flexible y adecuada—, que productos originales españoles modernos, baratos y de calidad, se impusieran en los mercados mundiales como consecuencia de lo que pudiéramos llamar una especialización en la investigación técnica.

Madrid, octubre 1960.

JOSÉ ALARCON CANDEL